

Chiponaua, Vitcos, Manari, Sicuane, Chacumanchay, Niguas, Opatari y Paucarmayo. Su supervivencia y su amplitud amenazan, por tanto, la colonización española del Perú.

Pero la propia vida del virreinato sufre avatares en la década de 1560: las relaciones entre españoles e indios en la colonia son conflictivas, y la soberanía española se ve cuestionada por estos últimos, más aún cuando el imperio neoinca sigue existiendo.

Titu Cusi, entonces, organiza una nueva rebelión contra los españoles, que son informados de ella, enviando al presidente de la audiencia de Charcas (Juan de Matienzo) a dialogar con Titu Cusi. Un embajador de aquél, Diego Rodríguez Figueroa, se entrevista con el Inca en mayo de 1565, siendo recibido por un soberano enfermo de viruela pero ataviado solemnemente para la ocasión. Tras un intercambio de regalos, Figueroa comienza a hablar, haciendo un elogio de la religión cristiana que enoja al Inca, instándole para que abandone Vilcabamba y se vaya a vivir entre los cristianos a cambio de honores y recompensas, o que, en caso contrario, le harían la guerra. Titu Cusi opta por esta última, realizando una demostración de fuerza ante el embajador. Sin embargo, al día siguiente, el 16 de mayo, el soberano Inca se muestra dispuesto a reanudar las conversaciones.

Al poco tiempo, en el mes de junio, es el propio Juan de Matienzo quien acude al puente de Chuquichaca a entrevistarse con Titu Cusi, quien acaba retirándose hacia Vitcos, aceptando bautizarse; su actitud parece cambiar, pues desde 1565, ya no intenta expulsar a los españoles sino simplemente preservar al Imperio neoinca como estado independiente. Para ello, autoriza la entrada en Vilcabamba de dos misioneros, que empiezan con su labor de evangelización y bautizan al propio soberano.

Por las mismas fechas que esto ocurre, en la década de 1560-1570, se desarrolla en las regiones centrales del Perú (no olvidemos que Vilcabamba es una provincia periférica) un movimiento milenarista de importancia: el *Taqi Onqoy*, en el que muchos autores han querido ver una relación con la rebelión de Vilcabamba, aunque la opinión más extendida es la de que constituye un movimiento con autonomía propia.

Sobre sus orígenes también conjeturan los diferentes estudiosos del Taky Onqoy: unos piensan que es producto de la primera evangelización cristiana (ciertamente, es un hecho a considerar el que su dirigente, Juan Chocne, se acompañara de dos mujeres a las que llamaba Santa María y Santa M.^a Magdalena); otros, por el contrario, afirman que es el producto del milenarismo tradicional andino; entre estos últimos cabe destacar a Wachtel²⁴, quien argumenta que, dada su amplitud, no puede ser considerado como un simple complot político, sino que «el movimiento supera toda decisión consciente y nace de las creencias profundas vivas por entonces entre las

²⁴ Wachtel: *Los vencidos*, Madrid, Alianza, 1976, pág. 282 y ss.

masas indígenas», ya que los elementos religiosos que lo inspiran no pueden ser inventados por un proyecto deliberado, sino que sus «elementos preexisten a la crisis y resurgen luego como respuesta a ella bajo la forma nueva y coherente de un milenarismo».

Según este movimiento, los dioses indígenas, pese a que en un principio son vencidos por Pizarro, son más fuertes que el cristiano, y resucitarán para vencerlo y acabar con la dominación española y hacer resurgir la religión tradicional.

El fundamento del Taki Onqoy es la visión cíclica predominante en el mundo andino: como pudo verse al hablar de los mitos de creación incas, la época del imperio está precedida por otras cuatro edades (cuatro soles y cuatro humanidades), estando marcado el fin de cada una por una catástrofe. La venida de los españoles y el cataclismo que esto supuso sería, pues, el cambio a otra nueva era, el nacimiento de una nueva humanidad, de la que están excluidos todos los indios que aceptaron el bautismo, y admitidos aquellos que se mantuvieron fieles al culto de las huacas. El Taki Onqoy rechaza todo elemento de aculturación español (vestidos, comidas, iglesias, nombres), pero, al mismo tiempo, inserta algunos elementos de esta cultura, como es el caso ya citado de las mujeres que acompañaban a Juan Chocne.

Así pues, la nueva era anunciada no significa una vuelta literal al pasado incaico, pues la tradición indígena experimenta profundos cambios, de modo que puede pensarse que, pese a que el nuevo ciclo se ve como una resurrección del imperio inca, no se trata de un retorno al tiempo del Inca, sino que el imperio será diferente del anterior: no se basará en la cuatripartición sino en el dualismo (las huacas formarán dos grupos, el de Pachacamac y el del lago Titicaca, regiones que especialmente corresponden a la sierra y a la costa, respectivamente). Además, las huacas ya no serán rocas, piedras o fuentes, como antes vimos, sino que ahora se encarnan en los hombres, poseyéndolos.

El Taki Onqoy no es, en definitiva, una empresa guerrera contra los españoles, sino la esperanza de que las huacas se eleven sobre el dios cristiano, escindiendo al mundo español del indio de una manera sobrenatural y mágica, a través de la que el segundo se impondrá al primero.

El mundo colonial rechazó el movimiento, declarándolo una herejía y combatiéndolo violentamente. Sobre 1570 desaparece su rastro, a causa de esta represión, pero también como consecuencia indirecta de la caída de Tupac Amaru, el último Inca de Vilcabamba.

Tupac Amaru, hijo de Manco Inca, sube al trono en 1571, tras la muerte de su hermanastro Titu Cusi, pero durará poco en él: en 1572, y aprovechando el debilitamiento de la región de Vilcabamba por una epidemia,

el virrey Francisco de Toledo entra en ella y captura al Inca recién coronado, que es llevado al Cuzco cubierto de cadenas, y que a continuación será bautizado y decapitado. En la mente de los indios, su muerte fue asimilada con la de Atahualpa, y a partir de entonces, 1572, puede considerarse el inicio de la historia virreinal peruana.

Sin embargo, durante el siglo XVIII el recuerdo del Inca en la memoria colectiva del Perú pervive, ya no sólo en la *Tragedia del fin de Atahualpa*, ya vista, sino en otras muchas obras (pinturas, queros, la obra de Garcilaso, etc.), lo cual permite, al mismo tiempo que recordarlo, pronosticar su vuelta. Surge así el mito del Inkarrí (Inca Rey), no como un sentimiento generalizado y universal, sino en núcleos concretos de la sociedad colonial del siglo XVIII, cuyo utopismo abandona los tintes españoles para convertirse en panandino: el regreso del Inca. El recuerdo, pues, se hace mito: las diversas versiones del Inkarrí (procedentes varias de ellas de Ayacucho, Cuzco, Arequipa, Ancash, Puquio, etc.) coinciden en su esquema: Atahualpa ha sido decapitado por los conquistadores españoles, siendo separada su cabeza de su cuerpo. Cuando ambos vuelvan a juntarse, la humanidad andina podrá recuperar su historia, acabando con el caos que en ella habían introducido los españoles. Se trata, junto al Taki Onqoy, de un movimiento milenarista andino que refleja la propia tradición, la imagen cíclica del tiempo, diferente del tiempo lineal de los españoles. Como afirma Pease,

Inkarrí es entonces y paradójicamente histórico y ahistórico. Es fácil comprender que los hombres andinos dominados por los europeos no pudieran responder inmediatamente con una «visión de los vencidos» de carácter histórico; la atemporalidad de las versiones, al lado de su «milenarismo», en realidad un «eterno retorno» del mundo andino, y con una renovación periódica y eterna del Inca, sitúan el (los) relatos al margen de una evocación puramente histórica y pasadista. Inkarrí no ofrece una visión histórica, ya que tampoco toda imagen del pasado lo es. Los recuerdos orales se presentan con una temporalidad propia y diferente de la histórica, con categorías individuales, mas no personales, sino ejemplares. Pero si los hombres andinos —como todos los que participan de las culturas tradicionales— no podían ofrecernos una visión histórica del comienzo de la dominación española y del tiempo posterior, sí podían reaccionar y reaccionaron dando su imagen a través del mito y del movimiento mesiánico que encierra en sí los primeros elementos de una historicidad. Inkarrí y el Taki Onqoy son una explicación a la mano...²⁵.

Sin embargo, ambos movimientos mesiánicos revelan un esquema diferente: en el Inkarrí, al contrario que en el anterior, sí se trata de un anuncio del retorno al orden del Inca en el Cuzco. Inkarrí es el fundador tradicional, vencido (su orden perece, y se instaura el caos), pero se está reconstruyendo a sí mismo, y también a su mundo. Diferentes personajes han dado vida al nuevo Inca: por citar sólo alguno, tomemos a Juan Santos Atahualpa, y al más conocido, José Gabriel Condorcaqui Noguera, nacido entre 1738 y 1742, hijo del cacique quechua Miguel Condorcaqui del Cami-

²⁵ Pease: *Los últimos Incas del Cuzco*, Madrid, Alianza, 1991, pág. 167.

no y la mestiza Rosa Noguera Valenzuela, que tomará el nombre simbólico de Tupac Amaru II. Conocedor de la lengua española y de su cultura, adoptando conscientemente la moda cortesana europea, Tupac Amaru II mantuvo orgullosamente su descendencia incaica, reclamando el título de soberano hasta el punto de pleitear por él con doña Gertrudis Avendaño Betancort en la Audiencia de Lima, diciendo de sí mismo: «...mi misma inspección manifiesta que soy indio por todas partes; pero descendiente del último Inca», o, antes de morir, «la mía es la única que ha quedado de la sangre de los incas, reyes de este Reyno».

Su rebelión consiguió el apoyo de una gran masa indígena, en la década de 1780-1790, por el gran descontento social que entonces había a causa de la recaudación fiscal y de los repartos de mercancías. Así, tras una serie de escaramuzas aisladas preliminares, entre las que destaca la del ya citado Juan Santos Atahualpa en Tarma y Chanchamayo (1742-1756), Tupac Amaru II se levanta contra el sistema colonial opresivo, proclamando suya la voz de los indígenas y los mestizos, declarando la lucha contra la mita, los repartimientos y los obrajes. Su revuelta se inicia contra el corregidor Antonio Arriaga en noviembre de 1780, que acabará con su ahorcamiento en la plaza de Tungasuca. Sigue avanzando hasta Quiquijana y Sangarari, acercándose al Cuzco, aunque sin entrar en él, lo cual da tiempo para que la ciudad se refuerce. Las razones que se dan sobre este hecho, poco comprensible desde un punto de vista estratégico, son diversas: la primera lo justifica afirmando que la única posibilidad que Tupac Amaru II tenía para tomar el Cuzco era saqueándolo y destruyéndolo, y que la rechazó porque consideró un mal augurio aniquilar la ciudad que él quería restaurar como capital del Imperio; otra razón es la de quienes alegan que Tupac Amaru II esperaba que sus contactos con los criollos cuzqueños le abriesen las puertas de la ciudad; y por último, puede también apuntarse el hecho de que era consciente de que la mayor parte de las tropas realistas se hallaban en el Cuzco, por lo que su victoria no sería fácil.

Lo cierto es que, pese a que intenta reforzar su ejército reclutando a los pueblos vecinos de Moquehua, Arequipa, Tacna y Arica, no entra en la ciudad. Pero sus acciones consiguen que se suspenda el reparto de mercancías por los corregidores, y que el cabildo de Cuzco promulgue un bando que declara la no obligatoriedad del trabajo indígena en los obrajes. Mientras tanto, Tupac Amaru II solicita a las autoridades cuzqueñas la entrada en la ciudad, advirtiéndole que, de no obtener el permiso, lo hará a la fuerza. Pero el Cuzco ya estaba reforzado por entonces, y el día 8 de enero de 1781 tuvo lugar un enfrentamiento que obligó a que Tupac Amaru II se retirara dos días más tarde, lo cual supuso la caída de la rebelión indígena, tras varios intentos fallidos. En abril de 1781 es hecho prisionero

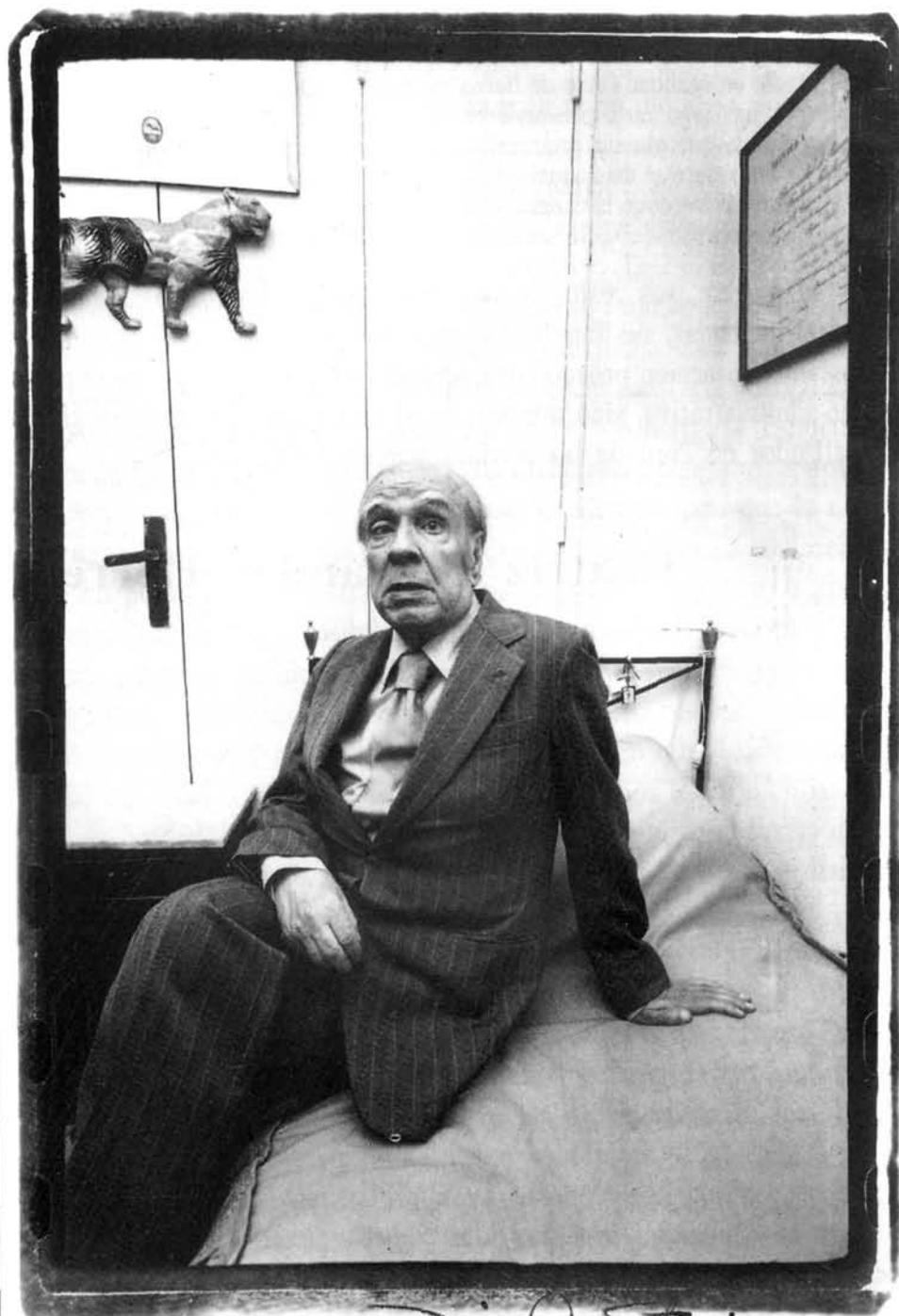
y conducido al Cuzco, siendo interrogado con grandes torturas y condenado a muerte, que se produjo el 18 de mayo; un relato anónimo narra cómo fueron siendo ejecutados su hijo Hipólito, su mujer y sus colaboradores. Tras ellos,

cerró la función el rebelde José Gabriel, a quien se le sacó a media plaza; allí le cortó la lengua el verdugo, y despojado de los grillos y esposas, lo pusieron en el suelo; atáronle a las manos y pies cuatro lazos y, asidos éstos a la cincha de cuatro caballos, tiraban cuatro mestizos a cuatro distintas partes, espectáculo que jamás se había visto en esta ciudad. No sé si porque los caballos no fuesen muy fuertes o porque el indio en realidad fuese de fierro, no pudieron absolutamente dividirlo, después que por un largo rato lo estuvieron tironeando, de modo que lo tenían en el aire en un estado que parecía una araña. Tanto que el visitador, movido de compasión, porque no padeciese más aquel infeliz, despachó de la Compañía una orden mandando le cortase el verdugo la cabeza, como se ejecutó. Después se condujo el cuerpo debajo de la horca donde se le sacaron los brazos y los pies...²⁶.

Tras su muerte, sus restos fueron expuestos por diferentes lugares, y sus casas quemadas, sus familiares proscritos, el duelo por él prohibido... No obstante, su acción provocó una serie de reformas, no sólo en el plano político-administrativo, sino también en el social, que hacen de su figura el catalizador en Perú de las reivindicaciones indigenistas.

²⁶ Citado por Moreno Cebrián: *Tupac Amaru, el cacique inca que rebeló los Andes*, Madrid, Anaya, 1988, pág. 102.

Beatriz Fernández Herrero



Jorge Luis Borges
fotografiado por
Lisl Steiner

Lisl Steiner